

## SACRIFICIO

El vasto teatro estaba repleto, del piso al cielo raso, de una palpitante masa de ansiosa humanidad. Miles de voces conversaban excitadamente y de cuándo en cuándo una histérica risa rompía el monótono susurrar.

Las brillantes luces reflejaban sobre las ardientes caras de las galerías, sobre los frescos y blancos hombros de las plateas, sobre las ordinarias blusas azules, sobre las inmaculadas pecheras de las camisas y sobre los resplandecientes vestidos. Todo París estaba presente, desde Jean Jacques de Montmartre hasta monsieur le Comte, de la calle St. Germain y todos hablaban del mismo asunto, todos pronunciaban el mismo nombre: «La Bella de Lisle,» la de la voz de oro.

Afuera, la lluvia caía constantemente, como pasaban los coches uno tras otro entre la muchedumbre que estiraba sus mojados cuellos en un esfuerzo para entrever algo de la célebre cantante.

—No hay más localidades. señores, el último asiento fue vendido hace varias semanas:—eran las frases con que los boleteros despedían al público que llegaba a última hora.

Se realizaba la representación de despedida de Denise de Lisle, antes de su viaje para América; la cantante que tuvo a todo París en la palma de su pequeña y blanca mano, la que hizo dar vuelta a la cabeza de los hombres, con el poder de su voz de oro, y robó sus razones con su juventud y hermosura.

—Porque «La Bella de Lisle» hacía justicia al adjetivo que el público usaba delante de su nombre; dominaba a sus admiradores tanto por el encanto de su personalidad, como por su voz divina y maravillosa, y sin embargo permanecía indiferente a todos los homenajes.

El auditorio escuchó con una impaciencia contenida, la primera parte del bien elegido programa; muy pocos de ellos notaron lo que ejecutó la excelente orquesta o el eximio pianista, quien sintió la indiferencia del público por sus esfuerzos. Al fin la orquesta empezó la «Elégie» de Massenet y el telón se levantó lentamente. Hubo un murmullo al reconocerla, y todos se inclinaron hacia adelante conteniendo la respiración.

En medio del escenario iluminado solamente en un punto a cada lado, aparecía en la obscuridad, como una estrella en un cielo aterciopelado, la plateada figura de la cantante, tan pequeña y delgada, pero dotada de un magnetismo tan poderoso que compenetraba a su auditorio desde la primera mirada.

¡Y su voz!...

Uno de los más renombrados críticos del día había escrito de la de Lisle: «Su voz es un placer lleno de dolor, tan exquisita es su perfección». No era muy poderosa, pero suave y vibrante como un violín, pura y verdadera, llena de pasión y de ternura; algo maravilloso, imposible de describir.

Cuando las últimas notas se extinguieron, un sonido semejante a un suspiro se advertía en el aire; después el aplauso, el incontrolado y entusiasta aplauso de la raza latina.

Los espectadores deliraban, llorando y aplaudiendo hasta que la orquesta rompió en medio de ese estruendo y volvió a reinar el silencio entre el público.

Ella cantó un bis, una simple bagatela de unas pocas líneas, pero a pesar de su brevedad, se pusieron frenéticos de emoción, al mismo tiempo que aplaudían desesperadamente. Siguió varios números interpretados por diferentes artistas y el público esperaba pacientemente la segunda aparición de «la de Lisle».

Entre telones no todo iba bien....

Daulnois, el empresario del teatro, parecía sumamente disgustado; conversaba animadamente con el director de escena delante del cuarto de vestir de la estrella, mientras por la puerta entreabierta llegaban hasta ellos murmullos de agitadas voces.

Daulnois golpeó y sin esperar respuesta, entró bruscamente. El cuadro que se presentó ante su vista le hizo fruncir el entrecejo.

Denise de Lisle, envuelta en un manto de terciopelo azul pálido, estaba recostada en un gran sillón; su camarera, de pie sostenía una toalla y un frasco de medicamento, mientras el médico, vestido con un severo traje de calle, estaba tratando de aliviarla.

—Pero, ¿qué significa esto, mademoiselle?—inquirió Daulnois nerviosamente.—¿Qué le ha sucedido?

La camarera, con la elocuencia de su clase, respondió a su pregunta ansiosamente.

¿Qué sucede? ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo puede preguntarlo el señor? ¡La garganta! ¡la garganta de mademoiselle, está sufriendo horriblemente! la amada voz se va, se desvanece, ¡oh! ¡qué horror!

—¡Silencio, mujer!—dijo el doctor ásperamente.

Daulnois se dio vuelta dirigiéndose a él.

—Por favor, explique lo que está diciendo esta mujer. No puedo comprender, ¿mademoiselle de Lisle está enferma? Había un mundo de ansiedad en la pregunta; pero el doctor le contestó con un movimiento de cabeza y miró a la cantante que estaba recostada en el sillón, con expresión desanimada.

—Mademoiselle, ¿me permitirá usted que explique?—preguntó el médico. Ella asintió con la cabeza. El doctor apartó a la camarera y tomó del brazo a Daulnois.



—Amigo mío—le dijo en voz baja—a mademoiselle le ocurre algo muy serio. Hace mucho tiempo que yo la atiendo. Su garganta está cansada; a veces la hace sufrir mucho. Yo le dije que no debía cantar, pero lo mismo que todas las de su sexo, es obstinada y continuó cantando. Su garganta se inflamó cada vez más; nuevamente yo le advertí que debía descansar. Esta mañana estuvo en mi consultorio algo enferma y me pidió un calmante para esta noche, pues tenía que cantar su despedida a París y me prometió que después descansaría. ¿Debió permitírsele? Le dije que era un desatino, una locura, pero no siguió mi consejo. Le recomendé: «Nada más que una pequeña pieza, a lo sumo». Ha cantado ya dos y ahora sufre; sé que su dolor es grande, que es algo muy grave. Las notas están todavía allí, es verdad, pero ella no debe cantar más; si lo hace perderá su voz y no la recuperará. ¿Entiende usted?—La cara del empresario cambió de color.

—¡Dios mío! ¡Esto es terrible!—dijo—¿Qué debo hacer? Mademoiselle está comprometida para tres piezas más y el público las pedirá; van a enfurecerse, perderé miles de francos. ¡No puede ser!

—¡Detenga su lengua, hombre!—dijo el doctor impacientándose.—¿Qué importa los miles que pierda usted si mademoiselle conserva su voz?

—Pero ¿qué debo decir? ¡No puedo decirles la verdad!

Denise se levantó de un salto.

—¡No, no! ¡Cualquier cosa menos eso, loco!—gritó en un amargo lamento, al mismo tiempo que llevaba una mano a su garganta.—¡Cualquier cosa menos eso! Diga que estoy desmayada, lo que quiera, pero ni una palabra respecto a mi voz, ¿oye?

Ella permanecía de pie, toda temblorosa. El doctor se adelantó para tranquilizarla:

—Naturalmente, mademoiselle, él no pronunciará una palabra de eso. Ya sabe usted, Daulnois, tiene que decir que Denise se ha desmayado o dislocado un tobillo, o cualquier otra cosa que usted quiera, pero no mencionar su garganta ni su voz. ¿Entiende bien?

—¡Esto es horrible! Nunca me resarciré de esto!... ¡Les tendré que devolver el dinero! Lo reclamarán. Mademoiselle no tiene derecho de no intentar de cantar.

La joven exhaló un contenido grito de ira.

—¡Retírese de mi vista! ¿oye? Doctor, dígame que se vaya. ¡No puedo soportar su presencia! Pídale que abandone mi habitación.

El doctor tomó al empresario del brazo:

—Haría usted mejor en dejarnos, señor; es mucho más discreto y por el amor de Dios, mantenga usted distantes a los periodistas. Ya ve usted que no serán bien recibidos. Arregle lo que quiera afuera, pero déjenos solos.

Acompañó a Daulnois hasta la puerta, cerrándola con llave.

Denise se dejó caer sobre el sillón y empezó a sollozar sentidamente, apretando los almohadones y acobardándose lo mismo que un niño herido. El tono del doctor Caillard era muy bondadoso cuando le colocó la mano sobre el hombro diciendo:

—Vamos, pequeña, el gritar empeorará las cosas; usted debe tener calma.

—Pero mi voz.... ¡Perder mi voz! No puedo soportarlo.... no cantar más ¡Oh, es terrible! Es todo para mí, no hay nada más en el mundo.... ¡No puedo perderla, no puedo!

—No es necesario si usted es obediente. Ahora escuche, mi pequeña. Usted debe prometerme que no cantará más hasta que le dé permiso. ¿Sí? ¿Será buena y hará todo lo que yo le diga? Olvídese de la vida de París,

de los bailes y de las fiestas; vaya al campo y no regrese hasta que yo le dé permiso para volver. Obedezca a su médico y al viejo amigo de su padre. Si usted así lo hace, puede salvar su hermosa voz; de lo contrario, sufrirá cada vez más, hasta el día que todo esté perdido. Acuérdesse: ni una sola nota hasta que yo le diga, ¿entiende?

Quedó observando tranquilamente la figura temblorosa en el gran sillón; sus palabras habían sido dichas en mesurado tono. De pronto, Denise levantó su cara bañada en lágrimas, y habló con voz más tranquila.

—Sí, si le obedeceré. Pero, ¡oh! ¡Dios mío! Será vivir muerta!

—Usted es la mujer más hermosa del mundo, pero también la más fría, Denise. ¿No hay nada de sensibilidad en usted?

Había una lánguida nota de desesperación en el tono apasionado de Raúl de Ravignac, cuando tomó la mano de la joven.

—Esta no es la primera vez que me lo dicen, y en realidad, lamento ser así.

Denise miraba en el vacío con aire aburrido, pero Raúl continuó:

—Yo no la comprendo. Cuando la oí cantar en París, la amé desde el primer momento que abrió los labios, porque sentí que era algo más que una mera figura de teatro. El sentimiento en su voz, la pasión, cada nota era un delicioso dolor, y sin embargo, al tratarla, es un verdadero tómpano. ¡Dios mío! yo quisiera poder comprender este misterio.

—Es tan sencillo, amigo mío, ¡tan fácil! Se lo explicaré. Canto porque mi corazón ama el canto; ese es el motivo porque habla tan claramente. No podría can-

tar sin sentir en el alma lo que canto; sería.... ¿Cómo diré?... como si mintiese. Cuando es de dolor, siento pena; si es de alegría, estoy contenta, y cuando es de amor, me figuro que estoy enamorada. Eso es todo. ¡Es tan sencillo!

Ella reía de la expresión de desmayo que transparentaba la cara de él, y libertando la mano que le tenía aprisionada, le acarició el oscuro cabello algo turbada, diciéndole:

—No se enoje, amigo mío; me asusta usted con esa mirada.

Habían ido a sentarse en la cima de un peñasco, desde donde se dominaba una ancha franja de la costa. Detrás de ellos estaba la pequeña aldea, donde la Bella de Lisle se ocultaba del alegre y bullicioso París y en la cual había estado infinitamente aburrida hasta que Raúl de Ravignac había aparecido en escena, trayendo con él un gusto de la vida que a ella le agradaba.

Porque Ravignac era dueño de un palacio señorial en el sencillo pueblo de campo y dividía su tiempo entre su finca y un departamento en París. Aunque no un hombre de mundo en el sentido de la palabra como lo entendía Denise, él conocía el amado París y podía conversar de algunos de los lugares que ella acostumbraba a frecuentar.

Conocer a Denise era amarla, y Raúl había resultado una víctima sin esperanza de sus encantos. Ella aceptaba sus homenajes impasiblemente, y él se enloquecía al ver que no lograba enternecer su «corazoncito glacial», como le llamaba. Pero a pesar de ello persistía en la conquista, lleno de esperanza.

—Entonces, cánteme alguna romanza de amor,—decía el joven, y ella reía fingidamente; no le gustaba que le recordara su voz,—¿Sabe, Denise, que usted jamás



cantó para mí? Es cierto que es mucho pedir, pero... ¿Lo hará esta noche?

Una mirada de terror asomó a los ojos de la joven; después dijo levemente:

—Amigo mío, no tengo piano, y no canto sin acompañamiento.

—¡Ah! pero yo tengo un Bechstein en el castillo, así que no hay excusa. Puede venir a cenar y después cantará para mí. Hágalo, Denise. Yo sé que es casi insolente pedir a la Bella de Lisle de cantar en esta forma, pero me complacería más que cualquier cosa del mundo.

—No sea loco, amigo mío. Esta conversación sobre la insolencia no me gusta.

Había en la voz habitualmente suave, una nota de austeridad que hizo volver la cabeza a Raúl, pero el rostro de Denise se hallaba oculto por el ala del sombrero.

—Entonces ¿vendrá usted?—insistió él.—He estado esperando para pedirle que cante para mí, pero no me he atrevido. Si usted supiera cómo lo deseo, no podría rehusar.

—Lo siento mucho, Raúl, pero no puedo todavía. No quiero cantar y por lo tanto no puedo, así, no me lo pida nuevamente, por favor.

Algo en su actitud le hizo guardar silencio al joven y tuvo el presentimiento de que ella estaba sufriendo, pues con el tacto de un verdadero enamorado no dijo más. Como para consolarlo, Denise deslizó su mano confidencialmente dentro de la de él. Era la primera vez que sentía la necesidad de su cariño, cuando le pareció oír nuevamente la voz del anciano médico: «Recuerde, ni una sola nota hasta que yo le dé permiso».

—El me ama tanto, Nanette, que yo no sé dónde estoy. Me siento trastornada. ¿Qué puedo hacer?

Denise estaba sentada delante de su «toilette,» mientras su antigua camarera cepillaba su suave y dorado cabello.

¡Deja de cepillar, Nanette, y presta atención a lo que te voy a decir! Atravieso una crisis, tengo miedo... ¡Escucha!

Arrebató el cepillo de manos de la mujer y lo arrojó sobre la mesa. Nanette sonrió con indulgencia; estaba acostumbrada a los arrebatos de su ama. Mademoiselle no había estado bien desde que el doctor le prohibió cantar. Nanette y él eran las dos únicas personas, aparte de Daulnois, el empresario, quienes conocían el secreto del descanso en el campo, y la buena camarera observaba cuidadosamente la salud de su querida señorita,

—¿Mademoiselle ama entonces a este buen joven?—preguntó plácidamente.

—Eso es lo que yo te pregunto a ti, Nanette ¿Lo amo?

¡Santa María! ¿Cómo puede saberlo la pobre Nanette? ¡Usted pide un imposible, mi niña!

—¡Oh, pero es tan horrible! Un día pienso que lo amo; al día siguiente no sé. A veces sólo quiero cantar y cantar; ¡ahora no sé lo que quiero! Yo no podría volver sola a París; sin embargo, si Caillard dijera que puedo cantar, volaría allí, estoy segura, aunque no sería feliz. Creo que nunca más lo seré; un minuto estoy contenta, de pronto me entristezco. ¡Me siento trastornada!...

—Mademoiselle está enamorada, es evidente.... —observó la buena Nanette en tono efectuario—y cuanto más pronto decida su destino, tanto mejor. ¿Se propone ese joven casarse con usted?



¿Casarse? ¡Oh, la, la! Mañana, tarde y noche no me habla de otra cosa! Pero escucha, Nanette; me pide continuamente que cante para él. Ya le he rehusado tantas veces que él me cree una pretensiosa o una loca.

—Sea lo que fuere que le hagan, usted no debe cantar. Le está prohibido, ¿me oye? ¡Prohibido! Si usted desobedeciera...

La mujer acariciaba las manos de la joven afectuosamente. Denise sonreía de su ansiedad.

—No, querida, mi buena Nanette, no cantaré. ¡Solamente me cuesta negárselo a él! Pero mañana le haré conocer el secreto; le contaré la historia entera y entonces no me atormentará más.

Algunas horas más tarde Denise fue despertada de su apacible sueño por el ruido de repetidos golpes a la puerta del chalet. Saltando de la cama, corrió a abrir la ventana. En la obscuridad pudo distinguir la silueta de un hombre que golpeaba con el puño en la puerta del frente.

—¿Quién está allí? ¿Qué desea?—gritó ella. El hombre dio un paso atrás.

—¿Es usted, señorita? No tema, soy Pedro, el del castillo.

Denise reconoció la voz del chauffeur de Raúl y una rápida angustia corrió por todo su ser.

—Sí, Pedro, ¿qué pasa?... ¿algo grave?

—¡Oh!, señorita.... ¿Puede venir? Mi amo ha sufrido un accidente y pregunta por usted sin cesar. El médico dice que es necesario que usted vaya.

La joven sintió como si una mano de hierro le apretase el corazón.

—Iré en seguida, Pedro; espéreme un momento.

Corrió a llamar a Nanette; luego, ciegamente, empezó a buscar sus ropas y se vistió apresuradamente.

—Pero, mademoiselle, ¡usted no puede salir ahora! ¡Es como para morir! ¡Qué locura!

—¡Oh! ¡cállala, Nanette! ¡El puede estar muriéndose! Pregunte por mí; naturalmente, yo voy. Acompañame si te parece. Tal vez puedas ayudar en algo

Denise voló escaleras abajo.

—Ya estoy lista, Pedro, vamos.

Mientras se deslizaban sobre el camino, ella se enteró de que Raúl había salido a caballo a la luz de la luna (su sport favorito), y que al rededor de las once su caballo había regresado solo. Después de buscarlo largo rato lo hallaron sobre la cima del peñasco. Tenía contusiones y bastante fiebre.

—El señor no quiere dormir, y continúa llamando a la señorita—agregó Pedro.

Llegaron al castillo, donde el médico de la aldea los recibió, pálido de ansiedad.

—Está aquí en el salón, señorita; no quiso que lo lleváramos arriba; no quiere apartarse del piano, y la llama a usted continuamente.

El doctor abrió la puerta del salón, y Denise oyó la voz de Raúl que la llamaba entre quejidos:

—Denise, ¿adónde está usted? Yo la necesito....

Con un gesto imperioso, ella apartó al médico y fue a arrodillarse junto al diván donde se hallaba el joven.

—Aquí estoy, Raúl—dijo afectuosamente.

Ravignac fijó en ella sus ojos extraviados y apretó su manita fría, ansiosamente.

—¡Cuánto me ha hecho esperar!—dijo con voz ronca.—La he estado esperando años y años, pero no la dejaban venir. Estoy muy mal, Denise; pero ahora me siento un poco mejor.

—Delira aún, señorita—dijo el médico aproximándose temeroso.—Si usted consiguiera tranquilizarlo para que durmiera, sería una gran cosa.

—Usted tiene una piedra en el lugar del corazón, ¿verdad, Denise? Jamás aprenderá a amar, ¡jamás!

—Silencio, Raúl, no diga esas cosas. Mire cuánto le amo—e inclinándose apretó sus labios contra los de él.—Ahora que sabe que le amo, ¿quiere complacerme y dormirse?

Por un momento hubo un silencio y Raúl cerró los ojos; ella esperaba sin respirar, sin atreverse a hacer ningún movimiento; pero él habló nuevamente.

—Eso es solamente una excusa, Denise; yo nunca lo creeré a menos que usted cante para mí. ¿Por qué rehusa siempre?

Muy lentamente, pálida hasta los labios, la joven se puso de pie, reteniendo aún entre las suyas la mano de Raúl.

—¿Está muy grave?—preguntó al médico.

—Temo que sí, señorita. Es algo interno lo que causa esta fiebre. He mandado buscar a un colega de Anguelotte, él es más avanzado en este asunto que yo, pero no puede estar aquí hasta dentro de algunas horas; el trayecto es largo.

—¿Y es esencial que duerma?

—Naturalmente, señorita. Si duerme, la temperatura bajará, y cesará el delirio.

Denise llevó una mano a su garganta y estuvo de pie, sin hablar, por un minuto; luego, con una sonrisa triste y valiente a la vez, murmuró al oído de Raúl:

—Amado mío, voy a cantar para usted; sólo prométame que después dormiré.

—¿Cuándo usted haya cantado? Sí, Denise, prometo.

La joven se dirigió hacia el piano, y como el médico se adelantara para darle luz, le dijo haciendo una señal negativa:

—Gracias, no es necesario.

Se sentó, y deslizando sus manos por el teclado cantó, muy levemente al principio y no muy segura de sí misma, pero ganando confianza a medida que continuaba, su voz resonó clara y dulce como la de un ruiseñor. El joven cerró los ojos con un suspiro de felicidad; el doctor estaba clavado en su sitio asombrado; jamás había oído nada más divino. Y Denise siguió cantando romanzas de amor, como sólo la «Bella de Lisle» sabía hacerlo. Cuando las últimas notas se extinguieron, el doctor se aproximó en puntas de pie:

—Señorita, ¿es usted un ángel del cielo!—murmuró; pero luego, alarmado por la expresión de dolor que se reflejaba en su rostro;—¡Dios mío!, usted está enferma—balbuceó; pero ella movió la cabeza negativamente.

—Entonces—agregó el médico—si quiere continuar.... El señor casi se ha dormido ya.

Denise siguió cantando una pieza tras otra, y con una ironía que ella sola entendió, terminó con «El Cisne» de Saint Saëns. Un joven poeta le había enviado la letra compuesta por él, para el concierto de despedida en París.

Raúl durmió apaciblemente y afuera, en el hall, la buena Nanette se retorció las manos y lloraba por la voz de su ama querida. Hacia ella vino Denise, pálida y ronca, pero con un nuevo brillo en sus hermosos ojos.

—¿Y esta es la pequeña dama que me dijo hace unos meses que lo único que le importaba en el mundo era su amada voz?—preguntaba el doctor Caillard algunos días más tarde.

El doctor Caillard sonrió sobre la dorada cabeza de Denise, que se hallaba sentada junto a Raúl, ya muy mejorado.

—Entonces no sabía lo que decía, estimado doctor

—respondió ella.—Ahora me conozco mejor. Pero doctor, ¿no habíamos convenido no hablar de mi voz?

—¿Por qué no?—exclamó Raúl. Esto me recuerda que usted ha rehusado constantemente de cantar, desde la noche que me salvó la vida.

—¿Ha visto, doctor? Yo ya le decía que no mencionara «eso». Ahora él quiere saber de qué se trata....

—¿Qué dice, amada mía? ¿Hay algo que no pueda saber yo?—preguntó Raúl muy tiernamente, tomándole la mano. ¿Qué es ese misterio?

—No hay misterio—respondió Denise algo irritada—es que el doctor se ha vuelto loco.

El doctor Caillard, en lugar de ofenderse, se echó a reír y dijo:

—Lo he hecho a propósito, mi pequeña. Me parece que vale la pena que su novio conozca el valor real de su tesoro; por eso he decidido contarle todo, pues ya sé que usted jamás lo habría hecho.

Caillard contó la historia; a medida que relataba, observaba atentamente a las dos personas que lo escuchaban: Raúl, pálido de asombro y admiración; Denise, con la cabeza inclinada y los ojos llenos de lágrimas. Al decir las últimas palabras, el médico se puso de pie, y dirigiéndose a Raúl, le dijo, impidiéndole pronunciar la frase que le venía a los labios:

—No me agradezca nada, mi obra no ha terminado. No puedo prometerle formalmente que su ruiseñor podrá volver a cantar, pero puede estar seguro de que haré todo lo posible. ¡Hasta la vista!—y salió de la habitación.

Los jóvenes quedaron en silencio, hasta que Raúl con acento conmovido murmuró:

—¿Denise, usted hizo todo eso por mí! ¡Y yo tuve el valor de decirle que no tenía corazón! Amada mía,

¿por qué no me dijo que había estado enferma? Entonces, jamás le hubiera pedido que cantara. ¡Jamás me perdonaré a mí mismo!

—¡Oh, ese gran tonto del doctor Caillard! Hubiera sido mejor que usted ignorara eso, Raúl; me duele pensar que usted se reprocha.... Pero estoy contenta, ¡me siento tan feliz! ¿Qué importa mi voz si lo tengo a usted? Si usted no viviese yo no podría cantar, aunque tuviese voz....

El le tomó la cara entre las manos, y mirando hasta el fondo de sus profundas pupilas, vio en ellas toda la ternura que desde tanto tiempo anhelaba conquistar.

—Cuando comencé a cantar aquella noche—explicó Denise—yo era una criatura sin amor; pero a medida que cantaba, sentía crecer en mi corazón un sentimiento nuevo e infinitamente dulce, hasta que al fin ya no era mi garganta la que cantaba, sino mi alma entera....

Al decir estas palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas y se interrumpió con un sollozo.

—¿Qué pasa, Denise, mi tesoro? ¿Por qué llora?

—De alegría—respondió ella sonriendo.—Pienso que si el doctor no me hubiese mandado aquí, tal vez nunca hubiera sido tan feliz.

V. HECKSTALL SMITH

